

16-1-81

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ABC es independiente en su línea de pensamiento y no acepta necesariamente como suyas las ideas vertidas en los artículos firmados

BARCELONA me ha parecido siempre, además de ciudad alegre y hermosa, riquísima en todo. En contrastes vitales. En industria. En caudal inacabado y vivo de ritos y, por tanto, en cantera hirviente de vidas humanas que desprenden y dan al dramaturgo y al hombre de teatro temas inagotables para una dramaturgia que muy bien podría ir en cabeza de España. Quizá porque esta ciudad-refugio que es Barcelona es casi lo mismo que fueron las Indias en época de nuestros conquistadores del siglo XVI, es decir, lucha inagotable de esperanza y de sueños. Sobre todo para los andaluces que van allí a la aventura, buscando que se hagan realidad los sueños de su vida. Es verdad que esta búsqueda ha supuesto para cientos de emigrantes —y no ya sólo andaluces— el hecho de verse en la miseria; el vivir en suburbios casi pidiendo limosna. Los he visto no sólo en los tugurios de las Ramblas, sino también parados frente a las puertas del Liceo viendo salir a las gentes, como única distracción posible para sus vidas. Ver salir a la burguesía catalana del Liceo es ya un gran espectáculo. Espectáculo que nos sugiere y nos hace pensar en una diversidad de mundos que pueden traer felicidad y consuelo para los que saben vivirlos. Da alegría el reflexionar que existen seres humanos a quienes la vida colmó de casi todo lo deseable. Al menos así parece al ver el desfile de salida de la gente, cuando se abren de par en par las puertas del Liceo: ¡qué elegancia en el vestir!; ¡qué felicidad y regocijo en las caras...! ¿Cómo será en realidad la vida de todo ese mundo elegante que sale por las puertas del gran coliseo barcelonés?

Dicen que los andaluces somos muy bien acogidos en Barcelona. Puede ser. Yo no tengo la menor queja. Pero sí me ha parecido observar como una especie de rebeldía andaluza en las inhóspitas tabernas, en los bares y en los cafés cantantes de las Ramblas para abajo. Rebeldía, sí, porque Andalucía canta y baila con rabia, salero y garbo. El arte del baile y del cante andaluz, sin embargo, parece darles a los catalanes una vida que no tienen. Como yo no sé cómo son los seres humanos de este mundo, por la misma razón no sé tampoco quién le puede dar vida a quién, si los que salen felices por aquellas puertas o los que contemplan el espectáculo de salida.

Así es que a Barcelona, en una de sus partes más vivas, creo que la contagia no sólo la alegría andaluza, sino también la profunda filosofía de saber contemplar, sin esperar nada de esta vida. A pesar de todo, Barcelona parece que volvió la espalda a una realidad española, buscando horizontes —tal vez más amplios para los catalanes— en la cultura centroeuropea, con un afán siempre en lucha por la búsqueda de un separatismo que empieza en el lenguaje y termina en sus estamentos políticos. Sin embargo allí está viva no sólo Andalucía, sino España entera. Allí. Con ellos.

Y a lo que iba. Quería hablar de teatro europeo de los primeros años de nuestro siglo. Me refiero, claro, al teatro de ruptura y renovador, que no existía en España y ni tampoco, por tanto, en Barcelona.

Mientras en España triunfaban en La

TEATRO EN LA CALLE

TEATRO EUROPEO DE LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO XX EN ESPAÑA

Cuarta de Apolo las obras, de gracia inigualable, de nuestro género chico, montadas en escenarios decimonónicos, de papel, con sus bastidores y sus candilejas abajo; mientras por las calles españolas se cantaban las canciones de «La verbena de la Paloma» —obra que nuestro Ortega y Gasset calificó de genial—, así como las canciones de la no menos genial «La Gran Vía», que era la admiración de Federico Nietzsche por el arte contestatario de la misma —obra revolucionaria que para sí hubieran querido Piscator, Brecht o Peter Weiss—, en Europa se iniciaba y triunfaba, en parte, lo que llamamos ahora un nuevo lenguaje teatral. Este nuevo lenguaje lo aportaban las curiosas e insistentes investigaciones de un músico, arquitecto y escenógrafo suizo llamado Adolfo Appia, y un escenógrafo inglés llamado Gordon Craig, quien participó en el Teatro de Arte de Moscú y enseñó al director de este teatro, Stanislawski, lo importante que era la llegada de la luz eléctrica a los escenarios naturalistas convirtiéndolos en simbólicos y en poéticos.

Gracias a ello las obras del gran dramaturgo ruso Chejov adquirieron, además de los descubrimientos que hizo el propio Chejov, elementos de mayor eficacia dramática y poética. Appia descubrió mucho más: descubrió la importancia del subtexto. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que el protagonista de «El jardín de los cerezos», de Chejov, era un personaje invisible y latente en toda la obra. Este personaje invisible era la amenaza de la revolución rusa de 1917. Entre otros descubrimientos sabía que el teatro del futuro estaría no en el escenario, a la italiana, sino en la sala. Para conseguir este objetivo el escenario debía ser tridimensional. Dentro de los llamados «espacios escénicos» el más importante era creado por la elegancia y música que desprendía el actor en acción. Appia quería fundir actor-espectador, sala-escenario, y lo logró en su larga escuela que abarcó desde el teatro «Le vieux Colombier», de Copeu, en Francia, hasta nuestros días en España.

En la centroeuropea Barcelona, casi en los años finales de nuestro siglo, hizo su aparición en el magnífico teatro indepen-

diente llamado Lliure. Del Lliure, de su dramaturgia o hecho teatral en general, quisiera hablar al final de este artículo. Antes quiero decir que tanto Appia

como Gordon Craig crearon una escuela esteticista tan sutil como poética, tan elegante como idealizada. ¿Que esto es belleza? Todos creemos que sí. ¿Que esto es teatro? Lo dudamos mucho. ¿No puede encontrarse la belleza y el arte dramático en lo que vive actualmente en una sociedad? ¿El teatro se hace para unos pocos o para todos? ¿No puede hacerse un teatro como querían Appia y Craig, pero contando historias con dramaturgias propias, con hechos teatrales modificados y renovadores, aunque la génesis sea o parta de estos escenógrafos? Comprendo, como decía Heráclito, que no hay nada nuevo bajo el sol. Los mismos renovadores Appia y Craig habían recogido todas sus esencias poéticas y esteticistas del teatro oriental. La música en el hacer del actor, la fusión actor-espectador, etc., ya estaba hecho en Oriente hacía muchos años.

Vi en el Lliure una obra de Ibsen, magníficamente hecha por su cuidadoso montaje esteticista. Fue «Hedda Gabler». Me emocionaban tanto los detalles esteticistas que casi no me importaba lo demás. Recuerdo, al final de un acto, cómo quedaba el fuego encendido de la chimenea de la casa de Hedda. Ante el esteticismo, el tremendo drama de Hedda se olvidaba. Había en el montaje tantos elementos primordiales, que el famoso drama mundial que estaba viendo se quedaba sin «la piedad y la compasión», las dos sentencias claves de la «Poética», de Aristóteles. Sentencias que a la Humanidad conmovieron siempre cuando el arte del teatro fue tal arte por excelencia.

¿Cómo llegó a Barcelona la escuela esteticista e idealista tan tarde, casi después de más de cincuenta años? ¿Cómo, ya que llegó esta manera de hacer, fue aplicada a Ibsen y a Shakespeare e incluso ahora a Genet y muy poco a una dramaturgia catalana? ¿Tanta lucha por ser centroeuropeístas y separatistas y no se crea en el bellísimo Lliure, premio nacional de Teatro en la capital de España, una dramaturgia y un hecho teatral catalanes, con tantísimos autores y hombres de teatro buenos como existen en Cataluña, escribiendo y hablando en catalán? ¿Una dramaturgia que pudiera aportar a Europa algo? Resulta que seguimos en las mismas: asimilando un pobre progreso europeo. En Barcelona, en la mía y en la de mis andaluces, a la que tanto queremos y admiramos, esa Barcelona que está llena de vida por todas partes, hay cientos de ritos que darían lugar a renovaciones singulares del teatro catalán. En mi Barcelona, provincia inquieta y luchadora de mi España, a la que tanto amo, a la que deseo que sus sueños se cumplan, me entristece un poco pensar que después de sus luchas siga siendo en arte dramático la provincia española que, como a todas, nos llega la cultura y el arte europeo después de cincuenta años. ¿Llegará Cataluña entera, algún día, a ver realizada la verdad de su lucha? Esa Cataluña a la que tanto necesitamos y nos necesita, la que tanto nos da y a la que tanto queremos.

José MARTIN RECUERDA

Cada semana
OCHENTA Y NUEVE
países reciben la
Edición Aérea de ABC